

“NUESTRO CABALLITO DE BATALLA ES UN BUEN PRODUCTO Y UN BUEN SERVICIO”

Yari Mogni

Los orígenes

Esta historia empieza en 1973, cuando mi padre, Osvaldo Mogni, se asoció con los hermanos Amilcar y Julio Berardo para fundar Aluplast. Se conocían del pueblo, Urdinarrain, en la Provincia de Entre Ríos, por compartir la pasión por los coches de carrera. Armaron juntos un coche para la fórmula 5 entrerriana. Mi padre era el piloto. Amilcar, el mecánico y jefe de equipo.

Todos venían de familias con un pasado técnico. Mi padre, que trabajaba en el campo con mi abuelo Víctor, había estudiado algunos años de ingeniería en Córdoba, antes de abandonar por cuestiones económicas. Los Berardo venían de una familia de larga tradición como mecánicos.



Amilcar y Osvaldo en la Peña 41. Año 1973.



Fachada actual. Año 2016.

Andaban por los veinte años cuando empezaron a trabajar en el fondo del taller del padre de los Berardo, armando puertas y ventanas de aluminio. Era todo a pulmón. Hasta diseñaron sus propias máquinas para hacer mecanizado y corte.

En una época en que todas las aberturas eran de chapa y madera, como pioneros les costó convencer a los arquitectos y clientes de que el aluminio era un material superior, por su hermeticidad y menores costos de mantenimiento.

Haciendo industria

En los '80, abrieron una sucursal de ventas en Gualeguaychú, atendida por Julio Berardo. Mientras tanto, Amilcar y mi padre permanecieron en la fábrica, junto con otros dos empleados. Mi padre se dedicaba mas a la fabricación; Amilcar, mas a la parte administrativa, aunque ambos hacían de todo para seguir progresando.

A los pocos años, Aluplast ya había alcanzado cierto renombre en la zona, con clientes en un radio de unos 100 kilómetros alrededor de Urdinarrain. Llegaban hasta Concepción del Uruguay y con obras puntuales hasta fuera de la provincia.

Se expandieron más allá de los 200 m² de taller con los que habían empezado. Compraron los fondos de las casas de la manzana hasta llegar, en los '90, a unos 500 m² de superficie. En aquella época, llegaron a tener unos diez empleados.

La segunda generación

Nací en 1977 en Urdinarrain, hijo de Osvaldo Mogni y María Cecilia Biondi. Fui el menor de sus tres hijos, después de Alexis y María Cielo.

La vida me desafió de muy joven. Sufrí la desgracia de perder a mi madre a menos de los dos años. Mis tías y mi abuela contribuyeron mucho en mi educación, además de Amilcar y su mujer. Fueron mis tíos postizos, a los que veía todo el tiempo porque vivían pegados a la fábrica. Luego mi padre volvió a casarse con Marta y tuvieron dos hijos mas, Verónica y Victor.

De chico, empecé a visitar el taller. Le cebaba mates a mi padre y a todos en el taller. Y mientras estudiaba, también fui operario armando aberturas.

Cuando terminé la escuela secundaria, me mudé a La Plata a estudiar diseño industrial. Me recibí en 2002.

En 2003, yo estaba viviendo en Buenos Aires, trabajando en el área de ingeniería de producto en una multinacional. Ya estaba en pareja con Lorena y con una hija de dos años, Micaela.

Nos dieron ganas de mudarnos a una ciudad más pequeña. Queríamos que la nena se criara en un ambiente más familiar que el de Buenos Aires. Así que, un fin de semana, viajamos a Urdinarrain. Le planteé a mi padre y a Amilcar mi interés de poner una sucursal de Aluplast en Concepción del Uruguay y trabajar como diseñador.

A los pocos días después, me llamaron: *“Tenemos una idea mejor. Queremos que te hagas cargo de la empresa”*, me dijeron.

Asumiendo responsabilidades

El 9 de diciembre de 2003, me hice cargo de una empresa en una situación económica complicada, pero que ya empezaba a recuperarse de la crisis de 2001.

Era una firma de siete personas, con una infraestructura básica, de 500m² y un vehículo modelo '80 para la distribución.

Aquellos primeros tiempos fueron de aprendizaje. Tuve que estudiar sobre aluminio y aberturas, de los que sabía poco. Me ayudó, por supuesto, mi formación como diseñador.



Proyecto de la nueva planta de la empresa.

Con el transcurso de los años, llegaron los tiempos de bonanza. Eran años de vacas gordas para el campo y eso impulsaba la construcción en la zona, y la demanda de nuestros productos.

Crecimos gracias al boca a boca y la confianza de los clientes. El taller nos quedaba chico, así que compramos más terreno en los fondos de las casas.

Aluplast, hoy

Actualmente, Aluplast es una empresa con trayectoria en el rubro de las aberturas y carpintería de aluminio. Hacemos puertas, ventanas, portones, mamparas, cortinas, persianas, frentes y fachadas, etc.

Tenemos una planta de 1500 m² y un plantel de cincuenta y cuatro empleados, un tamaño considerable para un pueblo de diez mil habitantes como Urdinarrain. Somos una de las empresas no agropecuarias más importantes del pueblo.

Estamos comenzando la mudanza a nuestra nueva planta, con una superficie de 3000 m² y salón de exposición. Tenemos una sucursal de ventas en Gualaguaychú, totalmente renovada.



La nueva planta industrial se hace realidad. Año 2016.

Contamos con diez vehículos para logística y transporte de nuestros productos. Nuestro radio de venta fue tradicionalmente a 150 kilómetros a la redonda de Urdinarrain. Recientemente, inauguramos un segundo anillo a 250 kilómetros. Tenemos obras en Buenos Aires, en las que participamos con grandes estudios de arquitectura y constructoras.

La clave de nuestro crecimiento es nuestro capital humano. Tenemos un gran equipo de personas, a los que siempre estamos capacitando. Algunos de ellos son jóvenes que estudiaron en la universidad, que repatriamos porque les ofrecimos un buen trabajo, con oportunidades de crecimiento en una ciudad muy tranquila para vivir.

Tenemos un pequeño grupo de mandos medios que funciona como una suerte de directorio. Es que no quiero que todas las decisiones pasen exclusivamente por mí. Para que una organización pueda persistir en el tiempo y seguir creciendo, es importante delegar.

De eso se trata pasar de ser un taller a una empresa.



Los socios y Oscar Michel, el empleado más antiguo. Año 2015.

El futuro

Además de mis actividades como empresario, formo parte de la Asociación de Industriales Metalúrgicos de Entre Ríos (ADIMER). Participo de las reuniones y aprovecho las oportunidades de capacitación que se nos ofrecen.

También colaboro en actividades de mi comunidad. Soy dirigente del club de básquet de Urdinarrain. Dicto algunas charlas en la tecnicatura en mecatrónica que recientemente abrió la UTN y en las secundarias sobre industria y trabajo.

A su vez trabajamos en conjunto con las escuela técnica donde los alumnos son elaboran herramientas y piezas que necesitamos en nuestra producción. Esto fortalece el vinculo entre industria y educación y demuestra nuestra RSE.

En lo que hace a la empresa, ya es hora de pensar en la continuidad.

Con Lorena Castro, mi señora, tenemos dos hijos: Micaela y Gino. Es contadora y se desempeña en su profesión.

Julio Berardo murió en 1988. Mi padre y Amilcar, de setenta y tres y setenta y dos años respectivamente, siguen siendo los principales accionistas. Yo soy el accionista minoritario. Ellos van todos los días a la empresa, aunque con una actividad más liviana. Mi padre colabora en el soporte técnico y con tareas de mantenimiento. Amilcar, en la parte administrativa.

No somos contadores ni vendedores. La clave de nuestra permanencia y de si pudimos hacer industria todos estos años se basa en que supimos responder a las necesidades de los clientes. Nuestro caballito de batalla es ofrecer un buen producto y brindar un buen servicio.